

COMENTARIO A UN ARTICULO DE SILVIA TERAN

Hubo períodos en que se criticaba la ciencia social y la antropología en particular por lo irrelevante de los temas que estudiaba. La etnografía del huacache fue el término con el que se caricaturizó al inventario minucioso de la indumentaria de los mismos indígenas cuyo despojo de sus tierras no parecía merecer el mismo interés que sus costumbres folklóricas y exóticas. En este momento en que está de moda el estudio del movimiento obrero y del movimiento campesino, etc., el problema ya no radica en la irrelevancia de los temas de estudio sino más bien en la manera cómo se realiza el proceso de investigación mismo.

Ante la enajenación que significa tanto para el investigador como para el investigado la supuesta reflexión científica de una clase social (la pequeña burguesía intelectual) acerca de otras clases sociales (el proletariado, el campesinado), el artículo de Silvia Terán: Aquí se estrelló la ciencia(1) enfrenta a cualquier investigador social a cuestionar su praxis como investigador. Precisamente porque coincide con gran parte de los planteamientos de Silvia, me interesa retomar el tema para desarrollar algunos de sus aspectos.

Silvia empieza su reflexión con la afirmación de que la antropología ha perdido su objeto de estudio en la medida en que la homogeneización y hegemonización de las relaciones capitalistas ha igualado a la población de las sociedades primitivas a los diferentes sectores explotados por el capital. De allí que a la antropología le queda como único rasgo distintivo el trabajo de campo.

El trabajo de campo tradicionalmente considerado como un paso dentro del proceso de investigación resultó en la experiencia personal de Silvia Terán "una puerta de entrada para la crítica del saber científico occidental o dicho de otra manera, de la relación de conocimiento como relación de poder". Al pasar por la puerta del trabajo de campo y al confrontarse con la contradicción en la cual el investigador cosifica al informante, lo vuelve su "objeto" de investigación mientras él permanece como sujeto, único del proceso científico, Silvia volcó la mirada científica sobre sí misma, cuestionando la esencia de su quehacer. Otros, honrados a su manera, ante el malestar producido por el tipo de relación que establece uno con sus informantes, optan por recluirse en las hermerotecas, los censos o los archivos.

De aquí en adelante trataré de recons-

truir cuidadosamente el razonamiento de la autora porque es por el mismo camino que pienso plantear una alternativa.

A diferencia del marxismo que "privilegia algún proceso sobre otro", la antropología se caracteriza para Silvia por su óptica totalizante que no privilegia la determinación de algún proceso sobre otro precisamente porque en las sociedades que tradicionalmente ha estudiado, los distintos procesos aparecen como uno solo y no disociados. Esta necesidad de captar los procesos como se presentan, es decir en su indisolubilidad (por ejemplo la agricultura ligada a la religión, a la organización familiar, a la estructuración del poder, etcétera) ha hecho del antropólogo un experto de la cultura que, para Silvia, se define como "la manera cómo se realiza la



existencia social". Si la cultura es "la manera como se realiza la existencia social", prosigue Silvia, ésta "sólo puede captarse en la realidad viva, empírica, encarnada". Aquí yo entendería que sólo podemos captarla a través del trabajo de campo. Pero lo que destaca aquí Silvia es que por lo tanto "no podemos asimilarlo al concepto de Modo de Producción" en el sentido que por ejemplo, en dos formaciones capitalistas, la vida cotidiana tiene diferentes manifestaciones. Finalmente se plantea que el carácter irreductible de la cultura en cada sociedad impide hacer generalizaciones sobre ella y por lo tanto ésta escapa al dominio del conocimiento científico que tiene como presupuesto el poder construir abstracciones generales. Hasta aquí la conclusión es que el trabajo de campo nos

permite captar la cultura pero no analizarla científicamente -afortunadamente-agregaría, quizá Silvia.

En un intento de diferenciar al trabajo de campo como modalidad de conocimiento, Silvia caracteriza a éste por la relación directa en vez de la mediación de cifras y letras, y enseguida la toma de conciencia de que el informante es el objeto de estudio del investigador y, finalmente su reconocimiento como sujeto. Y allí viene el enfrentamiento y la duda -el conocimiento científico del investigador con toda su metodología confrontada con el conocimiento de la clase estudiada. La conclusión: la relatividad de la ciencia que es producto de las clases dominantes de la sociedad capitalista, occidental. Esta confrontación lleva a la autora a admitir que "la relación de conocimiento no es radicalmente diferente de otras relaciones que las clases dominantes establecen con los explotados y que en ese sentido es una expresión más de las relaciones de dominio que la cultura burguesa ha creado para reproducir su orden".

En seguida Silvia ejemplifica la relación científica como relación de poder con el desenvolvimiento histórico de la antropología desde sus aplicaciones colonialistas, pasando por la crítica de los antropólogos africanos a la antropología occidental hasta el marxismo "como mirada histórica de una clase". La crítica principal que le hace Silvia a la antropología tradicional es su "pretensión de conferir racionalidad a los conocimientos de los otros". Después de hacer un símil entre la ciencia y la religión, Silvia Terán la desmitifica remitiéndonos a la constatación que la ciencia es producto de una sociedad y corresponde a sus objetivos generales de dominación.

En cuanto al marxismo, también es producto de la sociedad capitalista y, más particularmente de la pequeña burguesía intelectual que sigue haciéndole de intérprete de las necesidades de otros. Como tal, para Silvia Terán, "el marxismo no tiene validez desde la óptica de los explotados, más allá de la constatación de su explotación". Finalmente se nos enseña cómo el proceso de investigación en antropología constituye una relación de poder porque convierte al pueblo en objeto de estudio, en nuestra materia prima y en nuestro medio de producción científico, todo esto con el resultado de contribuir a la dominación por un lado y cultivar nuestro prestigio y bolsillo por otro.

Finalmente la antropología se salva de

por Luisa Paré

todo esto porque no ha llegado a ser ciencia, porque el pensamiento salvaje la ha influenciado en su incapacidad de hacer generalizaciones y de alguna manera de esto se desprende, aunque no de manera bastante explícita a mi gusto que la función que le podría quedar a la antropología sería la de portavoz de ese pensamiento que contribuiría a derribar el saber occidental.

Tan largo resumen ha sido necesario para exponer los principales planteamientos de S.T. para construir, más que mi crítica, las alternativas que se abren ante nosotros. Creo que el mérito principal del ensayo de Silvia es el de representar la maduración del conflicto existencial vivido en el curso del trabajo de campo mismo al confrontar la praxis de investigación no sólo con su utilidad o más bien inutilidad en la mayor parte de los casos para el grupo estudiado sino también con la mirada de la comunidad hacia la investigadora.

Para mí, la aportación más importante del ensayo es el señalamiento de la relación de poder que significa la relación científica en la sociedad capitalista y su ilustración con la investigación antropológica al estilo tradicional en la que se le quita al informante su subjetividad histórica y se le transforma en objeto de investigación.

Quisiera señalar ahora una paradoja que encuentro en la proposición de Silvia. Por una parte, está el planteo de la relación científica como relación de poder a la vez que la puerta de entrada para la crítica del saber científico occidental. Sin embargo, la antropología que sale maldita por su práctica de trabajo de campo como relación de usurpación de la subjetividad histórica del 'objeto de estudio' al final sale bien librada y a salvo en cuánto no alcanza el status de ciencia y se confunde o se asemeja con su objeto de estudio en su incapacidad de hacer generalizaciones y puede servir de portavoz de la cultura no occidental para luchar contra el poder de la ciencia. A mi parecer, queda demasiado implícito el tránsito del trabajo de campo "colonizador" al trabajo de campo que yo llamaría "emancipador" y, tomando en cuenta la posición de la autora ante el marxismo, en ese tránsito quedan ausentes las categorías que garantizarían una investigación que pudiera contribuir a la recuperación de subjetividad de parte del sujeto histórico, subjetividad histórica que sólo es posible conquistar en el proceso de liberación de las clases explotadas. En la crítica de Silvia hay una confusión entre la situación ideal, (estratégica de las clases explotadas) y la situación real, incluyendo el momento de transición. Mientras no haya este sacudimiento de la opresión, la relación objeto-sujeto será mantenida. Lo que no toma en cuenta Silvia es el carácter histórico de esta relación. No es lo mismo hacer una investigación de campo cuando se está participando en un movimiento emergente en contra de la

opresión que cuando se está realizando desde la perspectiva de los aparatos de Estado. Por ejemplo, el tipo de investigación que todavía es posible realizar en México es simplemente imposible en el Cono Sur o en Guatemala.

Por otra parte, se plantea el trabajo de campo no sólo como distintivo de la antropología sino como su contenido mismo junto con su especialización en la cultura, es decir, en aquello que, por esencia, no es objeto de generalizaciones científicas. De esta manera, siguiendo con el razonamiento de S.T., se pone a un mismo nivel, aunque en posiciones antagónicas, trabajo de campo y cultura como objeto de estudio por un lado y conocimiento científico por el otro. La antropología se vuelve la actividad por excelencia por donde se puede destruir la ciencia como relación de poder. La paradoja consiste en que la antropología se redime por no ser ciencia a la vez que la toma de conciencia y la superación de su pecado original, o sea el trabajo de campo como relación de usurpación pasa por su autoeliminación al dejar la palabra a los explotados que obviamente no harían antropología.

A mi me parece que a todo este plante-



amiento le falta una dimensión histórica o sea la noción de que, aún en la perspectiva de una sociedad sin opresores y donde los anteriormente reprimidos pretenden recuperar su voz, existen estados de transición. Llevado a su extremo, el planteamiento aquí reseñado llevaría a la crítica de la campaña de alfabetización de Nicaragua por no ser diseñada por quienes, después de años de sumisión, aunque analfabetas, derribaron a la dictadura por la vía del fúsil y no por la vía de los libros y de las leyes y guiados por una vanguardia de origen pequeño burgués.

Respecto al marxismo como hijo de occidental y de la pequeña burguesía intelectual, parecería que, dada una sociedad dividida en clases con una total separación entre trabajo manual y trabajo intelectual, fuera posible para Silvia la recuperación de la experiencia colectiva histórica para su posterior sistematización de parte de quienes viven su historicidad de manera totalmente fragmentada y dispersa. Se-

gún Silvia, la ciencia dice que sólo es posible entender a las sociedades dominadas desde la óptica de la explotación. A mi entender es el marxismo que dice eso mientras otras corrientes científicas (no se puede hablar de la ciencia como un bloque homogéneo) sostienen otros enfoques que corresponden a los objetivos de dominación de las clases dominantes (la riqueza, la acumulación, el desarrollo, el progreso, etc... como categorías analíticas). Aquí S.T. sostiene que el marxismo no tiene una validez desde la óptica de los explotados más allá de la constatación de la explotación y que, aunque se coloque uno del lado de los explotados, esta mirada no deja de ser la mirada de la sociedad dominante porque no se toma en cuenta el punto de vista del dominado. Aquí quisiera señalar que "la constatación de la explotación" no es tan poca cosa sobre todo cuando ésta última aparece justificada por elementos de orden religioso o ideológico que la encubren y dificultan su percepción.

Esta posición es la misma que plantea que el loco se debe salvar sólo sin tomar en cuenta los intereses comunes de quienes, de otra manera y con otra intensidad, se encuentran también subyugados por el poder psiquiátrico con la ventaja de no tener barotes, ni camisas de fuerza ni cadenas. Me llama la atención esta severidad hacia cualquier intento de invertir o modificar las relaciones de dominación existentes sin ninguna diferenciación respecto a los proyectos Camelot, los programas de contra-insurgencia, los estudios gubernamentales encaminados directamente a someter, etc.. La única argumentación para restarle validez a una mirada que, a diferencia de otras, se preocupa por destacar la explotación y no encubrirarla, es "que no se toma en cuenta el punto de vista del explotado".

Que la mayor parte de las investigaciones "marxistas" no se salven de los problemas señalados por Silvia es un hecho. Simplemente amparados por su relativo conocimiento del materialismo histórico, cuántos investigadores no hacen estudios acerca de la clase obrera o campesina sin ninguna articulación de sus investigaciones con las necesidades de análisis que surgen del mismo desenvolvimiento de la lucha, a veces incluso sin siquiera conocer los obreros o campesinos más en estéticas fotografías de museo o en gráficas estadísticas. Para este tipo de investigadores, es de la pureza de la teoría que salen los temas a investigar y no desde una concientización compartida con el propio movimiento de la necesidad de reflexionar sobre su propio proceso. En esta perspectiva, el resultado de la investigación pertenece al mundo de las bibliotecas y de las librerías sin mediación alguna para que regrese a manos de los protagonistas de los hechos estudiados, además de que constituye la interpretación desde afuera de la realidad estudiada, y por lo tanto de dudosa validez. La crítica es válida en cuanto a que

los investigadores marxistas -quizá el mayor número- no superan el método de investigación que enajena a "su objeto de estudio" al no permitirle participar del proceso de investigación de sí mismo. Donde no estaría de acuerdo es en no ver diferencias entre los marcos conceptuales de una 'ciencia' en general o en abstracto que según Silvia analiza las sociedades dominadas desde la óptica de la explotación (pág. 10) y el marxismo que es precisamente la única corriente que plantea eso.

En las ciencias sociales existen diferentes marcos analíticos que responden a diferentes proyectos de dominación o de conciliación de clases. En este sentido, independientemente que Marx, Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Gramsci o Mao Tse Tung hayan surgido de la pequeña burguesía y hayan hecho proposiciones de liberación a nombre de la clase trabajadora, la cuestión radica en si el instrumento de análisis elaborado por ellos (análisis de las contradicciones, de la lucha de clases, alianzas de clases, revoluciones, etc...) ha podido ser utilizado por los obreros y campesinos, sólo o conjuntamente con sectores de la pequeña burguesía intelectual para analizar su sociedad y diseñar tácticas de acción para el cambio revolucionario. Que una vez liberados de las formas de explotación del capitalismo las clases oprimidas lo sigan siendo en algunos países en la dolorosa transición al socialismo por tecnocracias o burocracias estatales es una verdad y una verdad que hay que denunciar.

Sin embargo la crítica únicamente de los excesos del socialismo (estalinismo, burocratización, etc...) olvidándose de los excesos o crímenes del capitalismo es una posición unilateral.

Si bien nos planteamos ir hacia un futuro disinto, es necesario recordar que vivimos en una sociedad caracterizada por la mencionada división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. Los grupos campesinos cuya investigación, aún la marxista, atendería a su autonomía e integridad según el enfoque de S.T. no existen en su estado original sino que ya son el resultado de todo un proceso de dominación y de enajenación de su voz como, en otra parte, lo señala la propia Silvia. Esta intervención ¿no sería la primera que hay que criticar y no la investigación marxista que intenta ponerla en descubierto?

Los intelectuales orgánicos de un grupo dominado, en su intento por expresar los intereses de los grupos a los cuales pertenecen, suelen recurrir al estudio de los mecanismos de dominación -al conocimiento del enemigo, incluyendo su ciencia- no sólo para combatirlo, sino para recuperar para su propia liberación lo que esta ciencia les puede aportar. En otras palabras, el problema consiste en la apropiación por parte de las clases explotadas de los conocimientos científicos y del método de análisis de la realidad social que les permita entenderse en su desenvolvimiento histórico y en su articulación al

conjunto de la sociedad.

Coincido con Silvia en la concepción de un proceso de investigación en el cual no exista más que sujeto, en el cual cada grupo social es el que tiene la responsabilidad y la autoridad para reflexionar acerca de sí mismo. Sin embargo, mi preocupación tiene un nivel de concreción diferente al que se plantea Silvia en el sentido que, para mí, no se trata de autoaniquilarnos como investigadores de determinado proceso social, por ser ajenos a él, sino de vincularnos con estos procesos sociales hasta lograr ser reconocidos como parte de ellos, aunque sea con características diferentes. La base de esta vinculación no puede ser de otra índole que política; política en el sentido que corresponde al interés de establecer una alianza entre sectores (ciertos sectores de la pequeña burguesía, del campesinado y de la clase obrera) que, desde diferentes motivos de inconformidad, tienen razones en común por querer cambiar el estado de cosas existente.

A pesar de que para S.T. "la ciencia no es una variable independiente" como lo señala al indicar sus determinantes sociales, da la impresión que la trata como tal en el sentido que quizá confunda la ciencia como conjunto de conocimientos acerca de la naturaleza o de la sociedad con el uso que se hace ella. ¿La meteorología es si es una relación de poder o su uso en la guerra o en la agricultura la transforma en tal tipo de relación? Los vietnamitas tuvieron que recurrir a la electrónica y a muchos otros conocimientos de la ciencia occidental así como a sus conocimientos tradicionales para hacer frente a la ciencia norteamericana puesta al servicio de la guerra.

Ahora bien, intentando ubicarnos en la mencionada perspectiva histórica, es tal el grado de dominación, no sólo económica sino superestructural (aparatos políticos e ideológicos, educación, historia, etc...) que la recuperación por el pueblo de su 'voz' y de su historia requiere de cierto nivel de organización de clase independiente de los aparatos de dominación, hasta lograr un cambio total de posiciones en el aparato de Estado (revolución). A mi entender, llevado hasta sus últimas consecuencias, el planteo de S.T. lleva a que dejemos en paz a los campesinos, a los obreros, a los indígenas, que se investiguen solos a sí mismos o que salgan de su situación con sus conocimientos de su realidad que son más válidos que las interpretaciones de los científicos sociales. Creo que así el problema está mal planteado puesto que no se trata de sus conocimientos o nuestros conocimientos, sino que se trata de intentar romper la relación teoría-práctica, objeto-sujeto, mediante una síntesis de múltiples conocimientos y experiencias.

Aquí es necesario reflexionar acerca de la naturaleza de los conocimientos producidos por la sociedad tradicional, campesina, no occidental, indígena o pre-capitalista. Trátese de la concepción de la rela-

ción hombre-naturaleza, traté de la concepción de las relaciones entre los hombres, estos conocimientos como tales son normas de conducta y el resultado de siglos de experiencia transmitida por lo general de manera verbal. Coincido con Silvia cuando critica en la antropología su pretensión de conferir racionalidad a los conocimientos de los otros y la cito en el siguiente pasaje zarticularmente agudo:

Resulta que el conocimiento que han producido los 'salvajes', 'primitivos', indígenas, o, enfin, todos aquellos que no practican la ciencia; el sentido que ellos confieren a sus instituciones, prácticas y costumbres, no es el verdadero conocimiento, ni el verdadero sentido. Es necesaria la presencia de un antropólogo, estudio científico mediante, para poder desentrañar el verdadero sentido de la estructura y relacionaes de la sociedad estudiada.

Una tal convicción tiene como presupuesto la idea de que existe un sentido histórico y social por encima del hombre. Que tal sentido hay que descubrirlo, y que sólo la ciencia tiene la capacidad para hacerlo". (pág. 10).

En el pasado colonial, si bien las interpretaciones de los antropólogos obedecían a una política colonialista (aunque, a veces algunos se oponían a ella) los conocimientos tradicionales de los "nativos" no representaban tampoco una alternativa interpretativa de lo que les estaba sucediendo en relación al embate del capitalismo sobre sus territorios e instituciones. ¿Y porqué? Por lo particular de sus conocimientos relativos a su experiencia propia cuando en la realidad de los hechos se veían involucrados en una expansión colonialista que los abarcaba no sólo a ellos, sino a otros pueblos. Si los aztecas hubieran tenido conocimiento de las fechorías de los españoles antes de que pisaran Mesoamérica no hubieran dudado un momento que el conquistador podía ser Quetzalcoatl.

Los antropólogos africanos, en su crítica a la antropología occidental, partieron del conocimiento autóctono, de su explicación, del sentido de sus instituciones para ellos. Pero, al mismo tiempo, tuvieron que comparar una situación colonial con otra, comparar diferentes situaciones de dominación, para encontrar elementos comunes; tuvieron que rescatar las semejanzas y las diferencias en las experiencias de sublevaciones de los pueblos contra el yugo colonial. Incluso, muchos de ellos, apropiaron a la antropología el conocimiento (los datos desnudados de sus interpretaciones) de otros grupos lejanos y el método de análisis del materialismo histórico. Es así como surgieron los Fanon, los Amílcar Cabral y los Agostinho Neto que, quizá a nombre del pueblo, pero un pueblo con tantas diferencias tribales

de lenguas y costumbres que ni siquiera puede comunicarse entre sí, han colaborado a derrocar formas de dominación para crear condiciones (estados nacionales) para la representación política de intereses comunes.

Tomemos un ejemplo más cercano: los productores de café indígenas de México, sean de la sierra mazateca, choles de Chiapas o nahuats de la Sierra Norte de Puebla. Cada uno de estos grupos tiene un conocimiento particular de su realidad incluyendo su economía y la economía del café en particular. Sin embargo, el cultivo del café los integra no sólo a una economía nacional sino a una economía mundial y va minando las bases de su economía de autoconsumo y de su forma tradicional de relacionarse y de intercambiarse con las demás comunidades de rasgos comunes. ¿Hasta qué puntos su conocimiento particular, atomizado, fragmentado respecto a su integración cada vez más compleja a nuevas relaciones les permite a estas comunidades tener una visión más universal de su situación actual, de su historia y de su devenir?

Si bien es cierto que la antropología ha pretendido racionalizar los conocimientos de "los otros" para justificar la dominación colonialista y, si al mismo tiempo la mirada antropológica como concluye Silvia, abre el camino "por donde se vislumbran las grietas que amenazan el edificio del saber occidental", ¿en qué consiste esta súbita salvación de la antropología y cómo se diferencia un antropólogo colonialista de una mirada antropológica que sí contribuye a destruir el saber occidental como relación de dominación? Este punto de llegada de las reflexiones críticas de Silvia acerca de la ciencia occidental es, para mí, un punto de partida para tratar de pensar en alternativas y en nuestro qué hacer como antropólogos.

En primer lugar, hay que reafirmar la posición de Silvia respecto a que no existe tal objetividad de la ciencia sino que ésta es producto no sólo de las sociedades sino de las clases dominantes en cada tipo de sociedad. Pero lo que faltaría agregar entonces es que no hay más que dos opciones: estar del lado de las clases dominantes o de las clases dominadas. Los intelectuales, si bien no formamos parte del engranaje del proceso de producción material, no nos sustraemos de una función en la reproducción del sistema a través de nuestra ubicación en el sistema educativo y en la elaboración de interpretaciones acerca del funcionamiento de la sociedad. En este campo, o trabajamos para justificar o prolongar el *status quo* o para minar sus fundamentos. Son las dos únicas posiciones consecuentes. Servir a la burguesía y creer en la justeza del sistema de dominación es más válido y coherente que andar en los laberintos de la sofisticación teórica pura que no implica ni una posición, ni otra. El investigar por investigar no tiene nada de malo en sí sino que el único problema es, ¿quién mantiene o sostiene a es-

te tipo de investigador?

En caso de que nuestra situación personal de explotación y de opresión vivida en carne propia (el caso del obrero, del campesino o del marginado) o nuestra sensibilidad hacia la miseria ajena (el caso de ciertas capas de la pequeña burguesía nos hace definimos en contra del *status quo* y por cambios en las relaciones de poder, formas de gobierno, sistema económico, tipo de participación popular, etc... nos vemos en la obligación de redefinir la tradicional relación entre teoría y práctica, o sea la relación existente en el sistema capitalista en el cual se da un completo divorcio entre ambas esferas. ¿Qué significa romper el divorcio entre teoría y práctica?

Hace una década, en la ENAH, cuando hemos empezado esta discusión, caímos en la visión romántica y populista de que podíamos romper de tajo este divorcio entre teoría y práctica, objeto-sujeto, investigador-investigado, dedicándonos lo más posible a las labores agrícolas e invitando a los campesinos a reflexionar sobre qué problemas de su realidad deberían estudiar. Nuestros populistas callos y la ausencia de coyunturas de lucha y de instancias organizativas adecuadas (es decir otras que las instituciones que servían a la dominación como los comisariados ejidales) no llevaban a una síntesis analítica como fruto de la unidad entre teoría y práctica.

El problema de la relación entre teoría y práctica se resuelve en un doble proceso: a) en la vinculación partidaria de los intelectuales al movimiento popular; b) en el desarrollo de una práctica teórica o, dicho más simplemente, de un hábito de análisis por parte de los protagonistas de base del movimiento popular. De esta manera, la confluencia entre teoría y práctica se da en el análisis intrínseco de su propia historia y de su propia vida de los antes no-intelectuales junto con los intelectuales orgánicos (surgidos de los grupos en cuestión) que sirven de guías en el aprendizaje de tal método de análisis.

El papel que suelen desempeñar los intelectuales orgánicos en este proceso y aquí es donde la antropología podría servir de apoyo-es la sistematización de diversas experiencias particulares para que de éstas (y no de una ciencia "objetiva" con un "sentido histórico y social por encima de los hombres") salga un conocimiento más universal que colabore como un ingrediente más en el diseño de estrategias de cambio.

Este proceso es complejo y lento debido, por una parte, a las deformaciones provocadas en los intelectuales por el tipo de aprendizaje recibido, por el distanciamiento entre las clases sociales, por las deformaciones de un "marxismo" que produce demasiadas veces dirigentes intelectuales o "grillos" que creen en su designio (casi divino) para dirigir las masas y, por otra parte, debido al aislamiento entre sí de grupos o comunidades que participan

de un mismo proceso.

Existiendo las condiciones políticas para que se de un proceso de investigación realizado por el propio sujeto histórico, las fases de este proceso incluirían:

- 1o. La delimitación de los aspectos de la realidad a investigar (dimensión temporal, espacial y temática).
- 2o. Confrontación verbal de las diferentes experiencias particulares, intentando un nivel de abstracción en torno a determinadas categorías como por ejemplo: enemigos de la comunidad en diferentes épocas, formas de despojo de la comunidad, formas de resistencia o defensa, etc...
- 3o. Comparación de experiencias particulares de diversas comunidades o situaciones con el fin de analizar la relación entre medios, objetivos y resultados con el fin de acumular conocimientos para la práctica política.

Aquí es necesario hacer una advertencia. Es difícil e incluso poco probable que surja en un grupo determinado, la necesidad de sistematizar su experiencia y compararla con la de otros, a menos que exista un coyuntura crítica en que se rompa el equilibrio que mantenía el *status quo* (esta ruptura puede favorecer el auge de un movimiento de contra-ofensiva popular o una mayor represión). En otras palabras, la posibilidad de romper la desequilibrada relación entre teoría y práctica no depende tanto de las buenas intenciones de intelectuales progresistas sino principalmente de que existan condiciones políticas que permitan en los diferentes grupos de la sociedad que surja la necesidad de sistematizar sus conocimientos y apropiarse de las técnicas de investigación y métodos de análisis que les puedan servir para estos fines.

En algunos casos, los investigadores se han preocupado por entregar a las comunidades estudiadas informes simplificados y resumidos de sus pesquisas. Sin menospreciar estas buenas intenciones, dudamos de la validez de sus resultados o de sus efectos. En primer lugar, porque los trabajos suelen ser entregados a las autoridades y, a menos que exista una organización democrática y una participación popular -situación más excepcional que común-no se distribuyen y mucho menos discuten los resultados del estudio. En segundo lugar, ya es de-sobra conocida la función de la experimentación en el aprendizaje y en la adquisición de conocimientos. En el caso de la investigación social, la experimentación consiste en la participación en todas las fases del proceso de investigación por parte de quienes emprenden este tipo de análisis de su propia realidad. En este sentido, la asimilación debe ser simultánea y no posterior a la investigación, cuando ésta es concebida como un proceso y no como un producto final.